

II. INSTRUMENTUM LABORIS



CONGRESO MARIOLÓGICO Y DE PRIMER ANUNCIO
ELCHE, AD MMXXV

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

ANUNCIO Y ACOGIDA DE ESPERANZA

INSTRUMENTUM LABORIS

**DOCUMENTO DE TRABAJO
TEOLÓGICO-PASTORAL**



Congreso mariológico y de primer anuncio
Elche, 21-23 de febrero
A.D. MMXXV

MATERIAL DE USO INTERNO

Primera edición: septiembre, 2024

© Obispado de Orihuela-Alicante. Vicaría de Evangelización
C/Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño e impresión: Rgv Print Servigraf SL. Azorín, 4. 03007 Alicante.

SIGLAS	4
--------------	---

INTRODUCCIÓN

“MARÍA, ESPERANZA NUESTRA”	5
Jubileo 2025: peregrinos de la esperanza.....	6
“Sereu als cels pujada”: 75 aniversario de la Asunción	7
Primer anuncio y Acogida: primeros pasos de nuestro Plan evangelizador	9
“Esperanza nuestra”: la Salve, un himno de esperanza cristiana.....	10

PRIMERA PARTE: “A TI SUSPIRAMOS”

LA BÚSQUEDA Y LOS ANHELOS DE UNA HUMANIDAD DESTERRADA	13
En la tierra del destierro: un valle de lágrimas	14
Los desterrados hijos de Eva: la tristeza del corazón	14
¿Quién nos devolverá la esperanza que nos cure?	16
María abre la puerta de la esperanza en su Anunciación en Nazaret	18
María, puerta del cielo siempre abierta	20

SEGUNDA PARTE: “VUÉLVENOS TUS OJOS”

LA MIRADA DE DIOS Y EL ANUNCIO DEL EVANGELIO	23
Dios mantiene su fidelidad a la alianza: el primer anuncio (cf. Gén 3,15)	23
El anuncio de la alegre noticia del Evangelio	25
La mirada de Dios sobre María: el “magnificat, el primer anuncio de María.....	27

TERCERA PARTE: “MUÉSTRANOS A JESÚS”

UNA IGLESIA QUE ACOMPAÑA Y EDUCA PARA ACOGER EL EVANGELIO.....	30
La misión maternal de María.....	30
La “esclava” convertida en “reina”	31
“Haced lo que él os diga”. María conduce siempre a Cristo, como en Caná.....	34
María implora el vino “nuevo” de la esperanza, derramada en tantos signos	36

CONCLUSIÓN

MARÍA “ESTRELLA DE LA ESPERANZA Y DE LA EVANGELIZACIÓN”	40
--	----

SIGLAS

DV | CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación, BAC, Madrid 2015.

LG | CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, BAC, Madrid 2015.

SC | CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, BAC, Madrid 2015.

GS | CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, BAC, Madrid 2015.

CEC | CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Madrid 2017.

DH o DS | EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA, Herder, Barcelona 2017.

SpS | BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, 30 Noviembre 2007.

EG | PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 Noviembre 2013

SnC | PAPA FRANCISCO, Bula de convocación del Jubileo Ordinario 2025 *Spe non confundit*, 9 mayo 2024

FT | PAPA FRANCISCO, Encíclica *Fratelli tutti*, 3 octubre 2020

RM | SAN JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Mater*, 25 marzo 1997.

MC | SAN PABLO VI, Encíclica *Marialis cultus*, 2 febrero 1974

MV | PAPA FRANCISCO, Bula convocación Jubileo extraordinario 2015 *Misericordia Vultus*, 11 abril 2015

INTRODUCCIÓN

“MARÍA, ESPERANZA NUESTRA”

El año 2025 será un año de gracia en el que confluyen varias fechas significativas para la vida de la Iglesia: el Jubileo de la Esperanza, el 75 aniversario del dogma de la Asunción y el aniversario 1700 de la Confesión de fe de Nicea (325) de la divinidad de Jesucristo. Para vivir y celebrar estos acontecimientos conviene prepararse adecuadamente. El presente documento quiere ser un Instrumento de trabajo para que, todos los fieles y comunidades diocesanas reflexionen, dialoguen, oren y se orienten a acoger la gracia de cada una de estas celebraciones, que se unirán en una celebración conjunta, en el Congreso mariológico y de primer anuncio de Elche (21-23 de febrero de 2025) que celebraremos bajo el lema: “La Asunción de María, anuncio y acogida de esperanza”.

1. “Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida de sol y la luna por pedestal” (Ap 12,1). María está siempre presente en el camino de la Iglesia y de los creyentes. Ella es el *gran signo* que ha aparecido en el cielo para guiar a los hombres que caminamos sobre la tierra. Desde su Asunción gloriosa a los cielos Ella alienta al pueblo de Dios que peregrina. Por este motivo, “ya desde los tiempos más antiguos... es honrada con el título de Madre de Dios a cuyo amparo los fieles, en todos sus peligros y necesidades, acuden a sus súplicas” (LG 66). María es un regalo. Nos lo dio Jesús al pie de la cruz (Jn 19, 26-27). María es el testamento de amor de Jesús para recordar siempre su memoria. De esa manera, “Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia” (EG 286). María es “nuestra esperanza” así la invocamos en la *Salve Regina*.

Jubileo 2025: peregrinos de esperanza

2. Precisamente, a este camino de esperanza estamos invitados todos por el Santo Padre el Papa Francisco en el próximo Jubileo del año 2025. El 24 de diciembre de 2024 se abrirá la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, dando inicio así al Jubileo ordinario. En la Bula de convocatoria el Papa nos invita a todos a ser *peregrinos de la esperanza*. “La esperanza constituye el mensaje central del próximo jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los *peregrinos de esperanza* que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares” (SnC 1). Todos necesitamos la esperanza que viene del Evangelio, la esperanza que brota de la resurrección de Cristo Jesús. Esta esperanza -como dice el título de la Bula tomado del apóstol Pablo- no defrauda: *Spes non confundit* (Rom 5,5). En ocasiones hay demasiado desánimo y pesimismo en nuestros ambientes. Como el Papa, preparemos y esperemos “que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza”. Durante este curso pastoral 24-25 “ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia” (SnC 6). El año próximo, es una ocasión para reavivar la esperanza, para abrir una vez más la puerta a la esperanza. Una esperanza de la mano de María, puesto que “en Ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida” (SnC 24).

“Sereu als cels pujada”: 75 aniversario de la Asunción

3. Además, el Jubileo ordinario de 2025 coincide con otra notable celebración, con importantes ecos en nuestra tierra: los 75 años de la definición dogmática de la Asunción al cielo de María Santísima por parte de Pío XII en 1950. En efecto, como enseña la Bula *Munificentissimus Deus*: “La Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial” (DH 3903). Con esta solemne definición la bula reconocía que la «fe convergente de fieles y pastores» había enseñado siempre que María, después de su vida terrestre, se encuentra en aquel estado en el que se hallarán los justos después de la resurrección final¹, siendo así María -como enseña el Concilio Vaticano II- misterio, primicia y modelo ejemplar de la Iglesia: “La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura” (LG 68). María es entonces un espejo donde se puede mirar la Iglesia². “En Ella, La Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella -la Iglesia- toda entera, ansía y espera ser” (SC 103). De ese modo, María es motivo de gozo para la Iglesia y para el cristiano, “brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo (LG 68).

1 Esta es la interpretación del Dogma de la Asunción que ofrece San Pablo VI en su *Profesión de fe*, 15 (AAS 60 [1968] 438-439).

2 Cf. R. Cantalamessa, *María, espejo de la Iglesia*, Valencia 1989.

4. Esta imagen de María, cuya luz abre un camino de esperanza para el pueblo cristiano, ha sido desde siempre contemplada en la piedad y en la fe de la Iglesia. Ya desde el siglo II, encontramos en los Padres de la Iglesia el tema de la asociación de María a la figura de Eva, del libro del Génesis, continuando así la identificación, que ya había obrado san Pablo, de Cristo con el primer Adán (Rm 5 y 6; 1 Cor 15, 21-26; 54-57). Si el pecado y la muerte han sido vencidos en Cristo, nuevo Adán, resucitado como primogénito de los muertos, María asociada a la obra de Cristo, no quedaría totalmente asociada a la victoria definitiva de la muerte, sin la glorificación corporal. Esto es lo que en definitiva ha intuido el pueblo cristiano en la liturgia más antigua con la fiesta de la “Dormición”, celebrada en Jerusalén desde el siglo IV y que en el siglo VII se establece en Roma con el nombre de “Asunción de Santa María”. De ese modo, María acompaña la memoria y el camino de los cristianos, como una antorcha o “estrella” de esperanza.

5. Este misterio y fiesta del pueblo cristiano ha tenido un eco particular en el pueblo de Elche al menos desde hace cinco siglos, con la celebración del “Misteri” en la Basílica de Santa María. Esta “Festa” es el homenaje que la ciudad de Elche dedica a su patrona, la Virgen de la Asunción, dividido en dos partes se escenifica, se canta y se vive en el interior de la Basílica durante los días 14 y 15 de agosto. El Misterio muestra la muerte, Asunción y Coronación de la Virgen María y presenta numerosos aspectos artísticos e históricos de gran importancia. Es una representación sagrada basada en los apócrifos asuncionistas, refundidos en el siglo XIII en la Leyenda Áurea de Jacobo Varazze, que tuvo una gran difusión en la Europa medieval. “Todo lo que ves, oyes y admiras: el canto, la lengua materna, la tramoya, la escenificación, el arte, la fidelidad detallada a

la ‘Consueta’, han nacido de la fe del pueblo de Elche. Si le retiras la fe, desmontas el Misteri, lo rompes, se desvanece”³.

6. Esto quiere decir que en el “Misteri” hay toda una catequesis y una enseñanza de fe. En la Virgen María se muestra no sólo la gloria de Cristo resucitado, sino que también es exaltado el hombre, todo hombre. Se nos orienta hacia el destino final. Desde arriba Santa María abre la esperanza y la asegura. Sus ojos misericordiosos inundan nuestra humanidad de consuelo. El itinerario de fe del Misteri parte de la tierra para llegar al cielo, y se remansa, por fin, en la Trinidad. Impresionante meta, cuando a voces del Gloria cantado con voz vibrante, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo asumen el cuerpo de María en la gloria celestial, mientras que, en la tierra, todas las manos alzadas señalan la puerta abierta del cielo. Porque el final del hombre es una puerta que se abre a la casa y a la ciudad donde Dios vive y nos espera.

Primer anuncio y acogida: primeros pasos de nuestro plan evangelizador

7. Este *anuncio* de la gloria de Dios y *acogida* de la humanidad de María, envuelta en esta misma gloria por las manos de Dios, nos hacen pensar e impulsar también el Proyecto Diocesano de Evangelización de nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante 2023-2029: ¡Es la hora!. Se trata de un proceso que nos ha de conducir a la renovación misionera de nuestras comunidades. Es un proceso mar-

³ Mons. Victorio Oliver, “Prólogo”: en F. Conesa Ferrer y F. Rodríguez Trives (eds.), *La Asunción de María en la Teología y en el Misteri d’Elx*, Elche 2000, 7.

cado, como dice nuestro pastor, Mons. D. José Ignacio Munilla, por tres palabras claves: “iniciar, renovar y consolidar”; porque “Es la hora de iniciar procesos, equipos y estructuras que acojan y acompañen todo el proceso cristiano”⁴. En este bienio el plan indica dos objetivos claros: el primer anuncio, como manifestación explícita de la fe a quienes no conocen a Cristo; y la acogida y acompañamiento de personas que, en camino de búsqueda, desean vincularse más fuertemente a la Iglesia⁵. Estos objetivos pastorales inspiran y orientan las presentes reflexiones para trabajar juntos el próximo Congreso Mariológico que tendrá lugar en Elche los días 21-23 de febrero de 2025. Bajo el lema “*la Asunción de María, anuncio y acogida de esperanza*” invitamos a todos los diocesanos a vivir la gracia del año jubilar, *peregrinos de la esperanza 2025*, a nuestro ritmo de Iglesia diocesana, embargados en la “dulce y confortadora alegría de evangelizar”⁶.

“Esperanza nuestra”: la Salve, un himno de esperanza cristiana

8. Para ello, vamos a recorrer la oración de la *Salve Regina* donde invocamos a Santa María como “esperanza nuestra”⁷. Es una oración muy popular, que ha ocupada

4 Carta Sr. Obispo.

5 Hay que subrayar la importancia que tienen en la elaboración de estos itinerarios pastorales los cuatro itinerarios (primer anuncio, formación, acompañamiento y presencia pública) que nos ofrecieron las “Conclusiones del Congreso de Laicos, ‘Pueblo de Dios en salida’” (2020), Madrid 2020.

6 San Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 80; Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* 9.

7 Un comentario clásico a la Salve, San Alfonso María de Liguorio, *Las glorias de María* y el libro más reciente de Scott Hahn, *Dios te Salve, Reina y Madre*, Madrid 2002

una parte importante de la piedad mariana de nuestros pueblos. Es una oración que nos vincula a un pueblo, ayudándonos así a descubrir la importancia de lo que el Papa Francisco denomina “el gusto espiritual de ser pueblo” (EG 268). También nos vincula a una esperanza concreta: la esperanza cristiana, aquella que profesamos en el Credo de nuestra fe: “Creo en la vida eterna” (DH 30). La esperanza cristiana no es una esperanza cualquiera, pasajera, efímera. Se trata de la esperanza que brota de la vida eterna. Se trata, en efecto, de “la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra” (CEC 1817). Y todo ello, de la mano de María, según el Papa Francisco “el testimonio más alto de la esperanza cristiana” (SnC 24). Es una oración que bien puede cantarse como un himno a la esperanza cristiana.

9. Al hilo de esta oración vamos a describir, en primer lugar, las búsquedas y anhelos de una humanidad desterrada (primera parte: “A ti suspiramos”). En segundo lugar, gustaremos una vez más de la mirada de Dios que envolvió continuamente a María, como canta en el Magnificat (segunda parte: “Vuélvenos esos tus ojos misericordiosos”). Y en tercer lugar, nos indicará caminos por los que transitar para ser una Iglesia que acompaña y educa para acoger el Evangelio de la esperanza (tercera parte: “Muéstranos a Jesús”). “Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro” (SnC 24). Dejémonos mirar una vez más por María: sólo su mirada disipará todos los temores del futuro próximo, y nos infundirá la confianza y la esperanza definitiva, aquella que viene de Cristo resucitado, nos devolverá la esperanza que anhelamos, mientras nos encaminamos hacia Ella, la Nueva Eva que nos ha abierto la Puerta del cielo.



PRIMERA PARTE

“A TI SUSPIRAMOS”

LA BÚSQUEDA DE LOS ANHELOS

10. La oración de la Salve comienza describiendo la situación de la humanidad: “A ti suspiramos gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas”. Indica, además, que el origen de esta situación se debe a una deuda: el pecado de nuestros primeros padres, calificando de este modo a todos hombres como “los desterrados hijos de Eva”. De esa forma, la Salve recoge la fe de la Iglesia, que enseña que todos los hombres están implicados en el pecado de Adán descrito en la Biblia, concretamente en los primeros capítulos del libro del Génesis (cf. Gén 3). Este pecado de los “orígenes” es al que se refiere san Pablo posteriormente al enseñar que “por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores” (Rom 5,19) (cf. CEC 402). La Iglesia enseña en qué consistió este pecado: “Constituido por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, persuadido por el Maligno, abusó de su libertad, desde el comienzo de la historia, levantándose contra Dios e intentando alcanzar su propio fin al margen de Dios” (GS 13). La realidad del pecado consiste en la ruptura voluntaria y libre del vínculo profundo del hombre con Dios (cf CEC 386-387). “Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al dominio de la muerte, e inclinada al pecado (inclinación llamada “concupiscencia”)” (CEC 418). De ahí que “el hombre esté dividido en su interior. Por esto, toda la vida humana, singular o colectiva, aparece como

una lucha, ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas” (GS 13).

En la tierra del destierro: un valle de lágrimas

11. La humanidad anhela y suspira ser liberada de esta desafortunada herencia, por la que el mal se extiende cotidianamente. Vivimos “gimiendo y llorando” a causa de este mal, cuyas sombras hacen que, como señala el Papa Francisco, nuestro mundo sea un mundo más cerrado y menos abierto a la solidaridad y la fraternidad (FT, capítulo 1). Un mundo cerrado a causa de una economía global que impone un modelo único de riqueza; nuevas formas de colonialismo cultural que arrebatara el alma propia de las personas; una política excluyente, dominada por los más poderosos, que impone el descarte de los más desfavorecidos; “la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra” (FT 27). Siendo un mundo cada vez más conectado por vías tecnológicas y digitales, sin embargo, no hay más cercanía, sino que crece la soledad y el aislamiento. El mundo de la comunicación parece dominado por una agresividad sin pudor y la información carece de una sabiduría receptiva (cf. EG 52-75).

Los desterrados hijos de Eva: la tristeza del corazón

12. Estas sombras tienen un fuerte impacto, sobre todo en el corazón humano. El Concilio Vaticano II hablaba de un “corazón dividido”, al mencionar la fractura que el pecado produce en el hombre. Se trata de un corazón fragmentado. Un corazón que carece de raíz, de susten-

to, de arraigo. Está desterrado, sin patria, sin hogar. El relato del Génesis dice que “El Señor Dios expulsó (al hombre) del jardín de Edén”. Desde entonces el hombre es un ser errante, sin destino. La Salve nos indica precisamente esta situación cuando menciona que estamos desterrados, exiliados. Es una imagen local (ausencia de lugar), que indica un lugar (el paraíso). Pero que no habla sólo de una ubicación, sino de una situación interior, de una situación antropológica y vital, de una ausencia interior, de un vacío que conduce a la tristeza, a la melancolía. Esta tristeza, como explica el Papa Francisco, es una “enfermedad del alma”: se trata de un estado de abatimiento, que impide la búsqueda, la conversión. Es de lo que nos advierte el apóstol san Pablo: “la tristeza que proviene de Dios produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y no se debe de lamentar; en cambio, la tristeza del mundo produce la muerte” (2 Cor 7,10). En la mente del apóstol hay una tristeza *amiga* que nos lleva a la salvación, porque remueve la vida hacia la conversión. Pero hay una *segunda* tristeza, que es “una enfermedad del alma”, cuando se desvanece del corazón humano la esperanza, el deseo de una vida hacia Dios. “Esta dinámica de la tristeza está ligada a la experiencia de la pérdida”. La pérdida del paraíso, de la estrecha comunión y amistad con Dios. El Papa nos pide: “cuidado con esa tristeza que erosiona el corazón”⁸.

8 Papa Francisco, *Audiencia general*, 7 febrero 2024. En el corazón del ser humano nacen esperanzas que a veces se ven defraudadas. Puede tratarse del deseo de poseer algo que no se puede conseguir, pero también de algo importante, como la pérdida de un afecto. Cuando esto sucede, es como si el corazón del ser humano cayera en un precipicio, y los sentimientos que experimenta son desánimo, debilidad de espíritu, depresión, angustia. Todos pasamos por pruebas que nos generan tristeza, porque la vida nos hace concebir sueños que luego se hacen añicos. En esta situación, algunos, tras un tiempo de agitación, se apoyan en la esperanza; pero otros se regodean en la melancolía, dejando que ésta se pudra en sus corazones. (...) Es un demonio taimado, el de la tristeza. Los padres del desierto la describían

¿Quién nos devolverá la esperanza que nos cure?

13. El hombre lleva consigo un suspiro interior profundo que anhela recuperar lo perdido. El hombre está abierto a esta esperanza, porque en su corazón palpita la búsqueda de salvación. El hombre desea esta salvación, que está inscrita en su corazón como un impulso que le lleva a la búsqueda de Dios (*quaerere Deum*). Así lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica como un tema importante y novedoso de su doctrina, al explicar las vías por las que el hombre puede acceder a la revelación de Dios: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (CEC 27). Pues bien, este deseo fundamental explica que el hombre sea un ser que viva de esperanza y para la esperanza. La esperanza es una cuestión decisiva en la existencia humana, es un elemento original de su vida. La esperanza es una dimensión básica de la antropología humana. De hecho, muchos filósofos modernos se han interrogado sobre el origen, la presencia y el contenido de la esperanza en la vida humana⁹. La esperanza ha sido objeto de meditación filosófica porque al interrogarse sobre ella, se interrogaba sobre el sentido de la vida, sobre el camino de la vida (cf. Spe Salvi, 6). De tal manera que, la esperanza es un enigma y un misterio que acompaña la vida del hombre. Así lo constata la Bula de convocatoria de Año Jubilar: “Todos esperan. En el corazón de toda

como un gusano del corazón, que roe y vacía a quien lo alberga. Esta imagen es buena, nos ayuda a comprender.

9 Cf. O. González de Cardedal, *La raíz de la esperanza*, Salamanca 1996; J. Pieper, *Sobre la esperanza*, Madrid 1951.

persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana” (ScC 1).

14. Pero, ¿qué esperanza anida en el corazón del hombre? El cristianismo responde a esta pregunta vinculándola al conocimiento de Dios revelado en la vida y obra de Cristo, es decir, vinculándola a la fe. De hecho, san Pablo recuerda a los efesios cómo éstos antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo “ni esperanza, ni Dios” (Ef 2,12). Y en ese sentido también indica a los tesalonicenses que “no os aflijáis como los hombres sin esperanza” (1 Tes 4,13). San Pablo descifra el misterio de la esperanza humana a la luz de la fe en Cristo. “En nuestro lenguaje se diría -explica Benedicto XVI-: el mensaje cristiano no era sólo “informativo” sino “performativo”. Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida” (SpS 2). La esperanza que cura y redime el corazón del hombre es “llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza” (SpS 3). Eso es lo que Cristo ha traído al mundo: el encuentro con el Dios vivo, que transforma desde dentro la vida y el mundo, venciendo todos los sufrimientos y el miedo (cf. SpS 4). Aunque el mundo moderno haya querido transformar la esperanza del hombre, respondiendo a estos anhelos profundos de su corazón por sucedáneos de la auténtica esperanza, por una fe en el progreso ilimitado de la ciencia y de la técnica, o una planificación del futuro desde la revolución social, la esperanza que cura el corazón del hombre sólo puede venir del Dios revelado en Cristo¹⁰. “En este sentido es verdad

10 Cf. L. Rodríguez Duplá, “Los sucedáneos de la esperanza”: en J. García Rojo - J.R. Flecha (Coords.), *Salvados en esperanza. Comentarios a la encíclica de Benedicto XVI Spe Salvi*, Salamanca 2008, 45-58.

que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene la vida” (SpS 27).

María abre la puerta de la esperanza en su Anunciación en Nazaret

15. Esta esperanza tiene un rostro concreto: Jesucristo. “Dios es el fundamento de la esperanza humana, pero no cualquier esperanza, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza” (SpS 31). Esta esperanza se abrió y vino al mundo, el día de la Anunciación a la Virgen (cf. Lc 1,26-38) en la que María, dando consentimiento a la Palabra de Dios, llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia a Él y con Él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención (cf. LG 56)” (CEC 494). A Ella, a María, Nueva Eva, suspiramos “los desterrados hijos de Eva” porque en María, “la puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par” (SpS 2).

16. Ella es así “nuestra esperanza”. Su corazón inmaculado, nunca tocado por ninguna sombra del pecado, fue la puerta que abrió al mundo la esperanza de la salvación con su “fiat”, su “sí” de Nazaret al anuncio del ángel. Su *fiat* transforma el mundo porque contiene todos los an-

helos incumplidos de la humanidad. Ella concentra, pues, toda la esperanza de la humanidad que gime bajo la esclavitud del pecado. Toda la humanidad aguarda el “Hágase en mí”, que desata el nudo de la desobediencia de Eva¹¹ en un nuevo comienzo para la humanidad, que desata todas las posibilidades perdidas, que abre de nuevo la esperanza del retorno al paraíso que la desobediencia de Eva había cerrado. Por eso indica san Bernardo cómo este momento de la vida de María, el de su anunciación, está rodeado por la expectación de toda la historia de la salvación: “Se pone en tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos liberados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida. Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abraham, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje. Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel... ¿por qué tardas? ¿qué recelas? ... Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puesta... Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento. *Aquí está* —dice la Virgen— *la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*¹².

11 Cf. LG 56, según la idea de los Padres de la Iglesia: “lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe”.

12 San Bernardo, *Sobre las excelencias de la Virgen Madre* (Homilía 4,

María, puerta de cielo siempre abierta

17. Lo que María vivió en su Anunciación se consumió plenamente en su Asunción. Sin embargo, este destino feliz de María no lo podemos ver simplemente como un privilegio último, desconectado de la entera vida de María. La resurrección de Jesús, como nos enseña el apóstol san Pablo, fue la respuesta del Padre a la obediencia del Hijo (“se anonadó a sí mismo tomando la condición de siervo... y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual, Dios lo exaltó” (Flp 2,7-9). Esto es semejante también para María: Ella participa ya de la resurrección de Cristo por haber estado íntimamente unida a Él no sólo por el vínculo de la maternidad biológica, sino por el “misterioso vínculo del Espíritu que se forma en la escucha de la Palabra de Dios” (RM 20). Ya lo Padres de la Iglesia anteponian en la Virgen la condición discipular y creyente a la de Madre, de manera que la aceptación y acogida creyente de la Palabra era “premisa y camino hacia la maternidad divina” (MC 29). “La aceptación obediente de la palabra de Dios por la fe hace de María la *nueva Eva*, asociada desde Belén al Calvario a la persona y obra salvadora de su Hijo, el nuevo Adán. Y como la asunción es la consecuencia plena de esta asociación, debe verse en ella el resultado último de la transformación que la palabra de Dios operó en María”¹³. No se trata sólo de un privilegio insigne, sino de un camino labrado en asociación y colaboración constante a la misión redentora de Cristo. Ese camino es común también para nosotros: es un camino

8-9, *Opera Omnia*, Edición Cisterciense, 4 [1966] 53-54).

13 J. Arturo Domínguez Asensio, *María, estrella de la evangelización*, Madrid 1991, 131-132.

que indica la primacía de la escucha de la Palabra de Dios y la fe en ella desde acogida discipular.

18. De esa manera, el misterio de la esperanza, que envuelve la vida y el corazón del hombre, no es un deseo insatisfecho, un impulso ciego. La Asunción de María testimonia la certeza de la esperanza. “Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo profundo, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria” (SnC 19). Por ello, “Por muy llena que esté la vida de contradicciones, de deseos incumplidos, de sueños no realizados, de amistades perdidas, gracias a la resurrección de Jesús podemos creer que *todo se salvará*. Jesús ha resucitado no sólo para sí mismo, sino también para nosotros, a fin de *rescatar todas las felicidades* que no se han realizado en nuestras vidas. La fe expulsa el miedo, y la resurrección de Cristo quita la tristeza como la piedra del sepulcro”¹⁴. El camino de destierro del hombre tiene un destino último, puesto que la puerta del cielo, que Eva cerró, se abre de nuevo gracias a María, la nueva Eva. El camino del hombre sobre la tierra ya no es solo un camino de lágrimas y gemidos, sino un camino de regreso al paraíso del cielo, al cielo nuevo y tierra nueva del que habla el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, donde “Dios enjugará toda lágrima y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor; porque lo primero ha desaparecido” (Ap 21,4).

14 Papa Francisco, Audiencia general, 7 febrero 2024.



SEGUNDA PARTE

“VUÉLVENOS TUS OJOS”

LA MIRADA DE DIOS Y EL ANUNCIO DEL EVANGELIO

19. La oración de la Salve continúa como un intercambio fecundo de miradas. Es el dinamismo propio de oración que nos conduce a una comunicación recíproca. Los “desterrados hijos de Eva” que dirigimos nuestra mirada esperanzada a María, le suplicamos a la vez, que Ella nos devuelva su mirada: “Vuélvenos tus ojos misericordiosos”. Como nos pidió el Papa Francisco para vivir el Jubileo de la Misericordia en el 2015: “dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del Salve Regina, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús” (MV 14). Ante un mundo de sombras que envuelve el corazón del hombre, sumergiéndolo en una profunda tristeza, se dirige la mirada benévola y misericordiosa de Dios, que mantiene su fidelidad perpetuamente, y que nunca abandonó al hombre al poder de la muerte (Plegaria IV). Su mirada de amor es siempre la fuente del primer anuncio de la fe cristiana, que la Iglesia siempre ha de renovar.

Dios mantiene su fidelidad a la Alianza: el primer anuncio (cf. Gén 3,15)

20. Dios mira con amor a la humanidad de manera constante. Es fiel a esta mirada. De ese modo, Dios no permite que el mundo y el ser humano sucumban a la desespe-

ranza de su pecado. Ello explica que, tras el pecado de nuestros padres, Dios anunciará una promesa de salvación en las palabras de maldición dichas a la serpiente, al Tentador: “pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón” (Gén 3,15). Como indica el Catecismo de la Iglesia Católica: “Este pasaje del Génesis ha sido llamado “Protoevangelio”, por ser el primer anuncio del Mesías redentor” (CEC 410). Se trata del *primer anuncio* de la salvación. Es el inicio de una largo *Adviento*, que prepara el corazón del hombre y el curso de la historia para la aparición del Mesías.

21. “La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del ‘nuevo Adán’ (cf 1 Cor 15,21-22.45) que, por su ‘obediencia hasta la muerte en la Cruz’ (Flp 2,8) repara con sobreabundancia la descendencia de Adán (cf. Rom 5,19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en el ‘protoevangelio’ la madre de Cristo, María, como ‘nueva Eva’. Ella ha sido la primera y de una manera única, la que se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Cc de Trento: DS 1573)” (CEC 411)¹⁵. “De esa manera, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, constituye el cumplimiento sobreabundante de la promesa hecha por Dios a los hombres, después del pecado original, después de aquel pecado cuyos efectos pesan sobre toda la historia del hom-

15 Como indica el Concilio Vaticano II, la Madre del Redentor “aparece ya proféticamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, hecha a los primeros padres caídos en el pecado” (LG 55).

bre en la tierra (cf Gén 3,15). Viene al mundo un Hijo, el ‘linaje de la mujer’ que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: ‘aplastará la cabeza de la serpiente’... (RM 11). En medio esa historia dramática de “enemistad” entre los dos linajes, el de la serpiente y el de la mujer, María brilla como una señal de esperanza segura, de modo que, el libro del Apocalipsis, vuelve a presentar esa “enemistad”, pero desde un nuevo signo de victoria representada en aquel “signo” de la mujer, esta vez “vestida de sol” (Ap 12,1), esto es, iluminada por la fuerza redentora de Cristo.

El anuncio de la alegre noticia del Evangelio

22. Esta mirada de Dios sobre la historia humana se concentra particularmente en aquel momento llamado por el apóstol “plenitud del tiempo”, en el que Dios envió al mundo a su Hijo, “nacido de mujer” (Gál 4,4). En efecto “Dios envió a su Hijo” pero para formarle un cuerpo quiso la libre cooperación de una criatura (cf. Heb 10,5). Por eso, María entra de lleno como protagonista indiscutible de este momento central de la historia de la salvación. Dios la escogió para ser la Madre de su Hijo. Sobre Ella se posó la mirada fiel de Dios: envió al ángel Gabriel “a Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María” (Lc 1,26-27). Y así explica el Concilio: “El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida” (LG 56; 61). María forma parte de esta “plenitud del tiempo”, forma parte del alegre anuncio del evangelio, cuyo centro es que Dios ha enviado al mundo a su Hijo (Gál 4,4).

23. En esto consiste el Evangelio de Dios, su mirada amorosa a la humanidad: “tanto amó Dios al mundo que ha entregado a su único Hijo” (Jn 3,16); en esto consiste “la Buena Nueva de Jesucristo, el Hijo de Dios” (Mc 1,1). De esa forma, Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1,68), ha cumplido las promesas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1,55); lo ha hecho más allá de todo expectativa: Él ha enviado a su “Hijo Amado” (Mc 1,11) (cf. CEC 422). Por eso nosotros creemos y confesamos que Jesús de Nazaret, “nacido judío de una hija de Israel, ... es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, que ha “salido de Dios” (Jn 13,3), “bajó del cielo” (Jn 3,13; 6,33), “ha venido en la carne” (1 Jn 4,2), porque la “Palabra se hizo de carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria” (Jn 1,14)” (CEC 423). Así, “movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre nosotros creemos y confesamos a propósito de Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). Sobre la roca de esta fe confesada por san Pedro, Cristo ha construido su Iglesia (cf. Mt 16,18)” (CEC 424).

24. Esta fe se ha mantenido incólume a través de los siglos en la Iglesia, como sucedió desde el principio en el primer concilio de Nicea, en el año 325, cuando “confesó en su Credo que el Hijo de Dios es “engendrado, no creado de la misma substancia [‘homousios’] que el Padre” y condenó a Arrio que afirmaba que el Hijo de Dios salió de la nada (DS 130) y que sería “de una substancia distinta de la del Padre” (DS 126)” (CEC 465). Este año 2025, que conmemora el 1700 aniversario de esta confesión de fe del primer gran Concilio Ecuménico de Nicea, podrá ser una oportunidad significativa para impulsar la evangelización a través del primer anuncio de la identidad de Cristo, confesada desde su núcleo trinitario (cf. SnC 17). “No puede haber una auténtica evangelización sin la proclamación explícita de

que Jesús es el Señor, y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de la Iglesia” (EG 110). Al indicar que el anuncio de Cristo es el anuncio primero no se quiere decir sólo que sea el punto de partida, o el origen de la labor evangelizadora, sino el centro permanente del anuncio cristiano (cf. EG 164). En ese sentido hay que recordar continuamente su contenido esencial “Su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado” (EG 11). El anuncio así no se convierte sólo en mera noticia, ni desencadena un proceso argumental, el anuncio posee una *parresía*, una fuerza especial del Espíritu Santo que, a través del testimonio y las palabras del cristiano, hace presente el acontecimiento pascual de Jesucristo por el que el amor del Padre se ofrece como salvación del hombre. Se vuelve a proponer, en definitiva, la mirada amorosa de Dios en el mundo como un manto que cubre y una lámpara que ilumina las sombras en las que yace el hombre.

La mirada de Dios sobre María: el “Magnificat”, el primer anuncio de María

25. Esa es la mirada que se posó sobre María. María la percibe en su interior en el momento de la Anunciación, “porque has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1,30) y al visitar a su prima Isabel (Lc 1,39ss) prorrumpe en un himno de acción de gracias a Dios por ello. Lo que en el momento de la Anunciación permanecía oculto, se manifiesta en el Magnificat como una llama de anuncio. Las palabras brotan de un nido de silencio previo, de aquella que guardaba todas las cosas en su corazón (cf. Lc 2,19). De ese modo brilla un efectivo método evangelizador que ha cruzado todo el tiempo de la Iglesia: lo que internamente es creí-

do, externamente es profesado, la unidad profunda entre corazón y labios, la relación entre la fe y su profesión (cf. Rom 10,9-10). Sus palabras reflejan el gozo de su espíritu: “Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”. “Las palabras del canto de María constituyen una inspirada profesión de fe, en la que la respuesta a la palabra de la revelación se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios” (RM 36). En estas palabras, al mismo tiempo muy sencillas y totalmente inspiradas en las Escrituras, se vislumbra “el éxtasis de su corazón” (RM 36). Resplandece, como un rayo, el misterio de Dios que se auto anodó, entregado y confiado a Ella, entrando así, como un don irrevocable en la historia de los hombres: “ha hecho obras grandes en mí; su nombre es santo”. María alaba al Dios de la alianza que se acuerda “de la misericordia”. De esa manera, desde ese instante “va a confortar” a la Iglesia para siempre en la verdad sobre Dios que anuncia, que nunca se escinde de la realidad humana de la historia, que nunca se opone, al mismo tiempo, a la verdad del hombre. En este himno, María está impregnada profundamente del espíritu de “los pobres de Yahvé” que en la oración de los salmos esperan de Dios su salvación; poniendo en Dios toda su confianza (cf. Sal 25; 31; 35; 55). En efecto, Dios “derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos,... dispersa a los soberbios... y mantiene su misericordia para los que le temen”. Así brilla claramente la mirada de Dios al mundo, en el anuncio por el que María asocia para siempre las necesidades de los hombres al Dios de la alianza, proclamando al mundo la venida del “mesías de los pobres” (cf. Is 11,4; 61,1). El Magnificat de María así es escuela y lección del primer anuncio y de acogida de la salvación y de la esperanza que el mundo ansía, para la Iglesia de todos tiempos.



TERCERA PARTE

“MUÉSTRANOS A JESÚS”

UNA IGLESIA QUE ACOMPAÑA Y EDUCA PARA ACOGER EL EVANGELIO

26. La oración de la Salve avanza suplicándole a María que nos muestre el camino de la salvación, el rostro de la esperanza, que nos muestre a Jesús: “Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”. María muestra a los hombres el fruto de sus entrañas, a Jesús. Así lo hizo con los pastores el día de la natividad: “fueron corriendo (los pastores) y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre” (Lc 2,16). Así lo hizo, de un modo especial, en el momento de la Adoración de los Magos: “Entraron en casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas le adoraron” (Mt 2,11). Mostrarnos a su Hijo, en esa acción descubrimos una función especialmente maternal de María. A través de su función maternal podemos fijarnos también en la Iglesia, en su misión evangelizadora y educadora y percibir nuevas vías para anunciar el Evangelio de la esperanza que la humanidad de hoy necesita. De alguna manera, descubriremos en la Iglesia el mismo gesto maternal de María de mostrarnos, enseñarnos y darnos a su Hijo Jesucristo.

La misión maternal de María

27. La Iglesia enseña que la mediación de María está íntimamente unida a su maternidad: siendo María, en virtud de su elección divina, la Madre de Hijo consustancial

al Padre, y “compañera singularmente generosa en la obra de la redención, es nuestra madre en el orden de la gracia” (LG 62). Esta función constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia. El consentimiento suyo para la maternidad no sólo hace de María una “madre-nodriz” del Hijo del hombre, sino también la “compañera singularmente generosa” (de la que habla el Concilio) del Mesías y Redentor. “A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular, colmándose cada vez más de ‘ardiente caridad’ hacia todos aquellos a quienes estaba dirigida la misión de Cristo” (RM 39). A través de esta “ardiente caridad” (o celo pastoral) “María entraba de manera muy personal en la única mediación “entre Dios y los hombres” que es la mediación del hombre Cristo Jesús” (RM 39). De manera que, “la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder (cf. LG 60): es medicación en Cristo” (RM 38). La cooperación de María, como compañera generosa de su Hijo, es precisamente una mediación subordinada a la única mediación de Cristo.

La “esclava” convertida en “reina”

28. A este servicio a la obra de su Hijo, María se consagra desde el primer instante de su Anunciación. El efecto de esta consagración se expresa con las palabras con las que María se contempla a sí misma ante el anuncio del ángel: ‘He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra’ (Lc 1,38). Según el Papa Juan Pablo II “estas palabras expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como *donación*

total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación de entrega virginal al proyecto de Dios” (RM 39). Las palabras “he aquí la esclava del Señor” atestiguan, por tanto, una apertura del espíritu de María al servicio de su Hijo y de su obra salvadora a favor de los hombres, que le acompañó toda la vida. Por ello, también después de los acontecimientos de la resurrección y de la ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, seguía siendo la “esclava del Señor”, que así fue entregada por su Hijo como madre a la iglesia naciente: “He aquí a tu madre”. La que por su servidumbre había sido escogida para ser la Madre del Mesías, también se convierte ahora en madre de los creyentes con acuerdo a este su servicio infatigable. “Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia” (RM 40). Es por ello que el Concilio Vaticano II enseñe la función que María tiene para la Iglesia afirmando que “asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación” (LG 62). Con este carácter de “intercesión” que se manifestó por primera vez en Caná de Galilea, la mediación de María continúa en la historia de la Iglesia: “con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (LG 62). De este modo la maternidad de María perdura incesantemente en la Iglesia como mediación intercesora, y la Iglesia expresa su fe en esta verdad invocando a María “con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora” (LG 62).

29. De este modo María, a lo largo de su trayectoria vital, nos enseña algo imprescindible a la misión cristiana: “¡Servir quiere decir reinar!” (RM 41). Por tanto, lo que en la tierra comenzó como un servicio de esclava, por su unión inquebrantable a la obra de su Hijo, se convirtió, una vez asunta al cielo, en una función permanente de intercesión a favor de los hombres, pasando a reinar junto con Cristo. “Así, aquélla que aquí en la tierra ‘guardó fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz’ sigue estando unida a Él, mientras ya ‘a Él están sometidas todas las cosas, hasta que Él se someta a sí mismo y todo lo creado al Padre” (RM 41). Así, la exaltación real que el Dogma de la Asunción proclama no deja de ser *la gloria de servir*¹⁶. En un párrafo de su encíclica mariana, san Juan Pablo II medita sobre esta dimensión de la gloria de María, vinculada siempre al servicio de la redención: “La verdad de la Asunción, definida por Pío XII, ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que expresa así la fe de la Iglesia: ‘Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminando el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se semeje de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cf. Ap 19,16) y vencedor del pecado y de la muerte’ (LG 58). (...) Con el misterio de la Asunción a los cielos se ha realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado: ‘Todos vivirán en Cristo. Pero cada uno en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida’ (1 Cor 15,22-23). (...) A esta exaltación de la ‘Hija excelsa de Sión’ mediante la asunción a los cielos, está unido el misterio de su gloria eterna. En efecto, La Madre de Cristo es glorifica-

¹⁶ Cf. P. L. Vives Pérez, *María, la gloria convertida en misión*, Salves 2014, Elche 2019.

da como ‘Reina universal’. La que en la anunciación se definió como ‘esclava del Señor’ fue durante toda su vida terrena fiel a lo que este nombre expresa, confirmando así que era una verdadera ‘discípula’ de Cristo, el cual subraya intensamente el carácter de servicio de su propia misión: el Hijo del hombre ‘no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos’ (Mt 20,28). Por eso María ha sido la primera entre aquellos que, ‘sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar’ (LG 36)” (RM 41). La gloria sigue siendo para María camino de la misión, camino de unión a su Hijo, y por Él, también camino de unión con los hombres.

“Haced lo que El os diga”: María conduce siempre a Cristo, como en Caná

30. El servicio intercesor de María respecto a la obra mediadora de su Hijo, ha quedado perpetuado en la memoria de la Iglesia en el conocido pasaje bíblico, relatado por el cuarto evangelio, de las bodas de Caná de Galilea (cf. Jn 2,1-11). “La madre de Jesús estaba invitada” (Jn 2,1). La presencia de María en aquel momento está en relación al “comienzo de los signos” (2,11) del que nos habla el final de la escena, que manifiestan el poder mesiánico de su Hijo. El evangelista subraya la solicitud de María por los esposos en cuya boda se agota el vino: “Como faltaba el vino, le dice a Jesús su madre: ‘No tienen vino’...” (Jn 2,3). El vino, en el lenguaje bíblico, es el símbolo nupcial, signo de gozo y elemento esencial para las bodas (cf. Cant 1,2; 5,1; 7,10). Los profetas lo consideran como un gran don de Dios, signo de la fidelidad del pueblo a la alianza (cf. Jl 2, 19-26; Am 9, 13-14; Is 25,6). Para la tradición judía

en general, el vino viene asociado a la *torá* (la ley), de la que es uno de los símbolos preferidos (cf. Prov 9, 2.5; Eclo 24,23). Desde este trasfondo del judaísmo se puede decir que el vino de Caná simboliza la Palabra de Dios, la revelación de Jesús¹⁷. En el contexto de este pasaje, Jesús piensa en el don mesiánico de la “vida eterna” simbolizado en el vino “nuevo”.

31. A pesar de la respuesta de su Hijo “¿Qué tengo yo contigo, mujer? todavía no ha llegado mi hora” María, con una confianza infinita, se dirige a los sirvientes y les dice: “Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). María es la mujer fiel que representa al “resto” de Israel, que lo aguarda todo del Señor. No resulta difícil relacionar la expresión utilizada por María con la que expresó en el Sinaí la comunidad israelita, que peregrinaba por el desierto: “Todo lo que Dios ha dicho, lo haremos” (Ex 19,8; 24,3.7)¹⁸. Esta comparación entre el Sinaí (la alianza de Dios con su pueblo) y Caná, ilumina el papel de María en semejanza con Moisés, mediador entre Dios y el pueblo. María ya no será en adelante sólo la madre de Jesús, sino la mujer-madre que tendrá que cumplir una tarea específica en la obra mesiánica del Hijo: representar al pueblo de la alianza. Ella es la Madre-Sión, la nueva Jerusalén que reúne a sus hijos para la construcción del nuevo pueblo de Dios (cf. Is 51,18-10; 66,8). María sale al encuentro de

17 G. Zevini, *Evangelios según san Juan*, Salamanca 1995, 92.

18 “‘Haced lo que Él os diga’ (Jn 2, 5); palabras que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que en la perspectiva del cuarto Evangelio son una voz que aparece como una resonancia de la fórmula usada por el Pueblo de Israel para ratificar la Alianza del Sinaí (cf. Ex 19, 8; 24, 3.7; Dt 5, 27) o para renovar los compromisos (cf. Jos 24, 24; Esd 10, 12; Neh 5, 12) y son una voz que concuerda con la del Padre en la teofanía del Tabor: ‘Escuchadle’ (Mt 17, 5)” (san Pablo VI, *Marialis cultus*, 57).

las necesidades de los hombres para ejercer una efectiva labor de mediación ante su Hijo. Como dice el Papa san Juan Pablo II, “se pone ‘en medio’ o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre,... María ‘intercede’ por los hombres” (RM 21). Y a la vez, “la Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo” (RM 21). Y así, “en Caná, María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera ‘señal’ y contribuye a suscitar la fe de los discípulos” (RM 21). María, con estas palabras a los sirvientes, ha indicado para siempre a quién tienen que escuchar y seguir: ha abierto el camino a la humanidad para que encuentre a Cristo. María tendrá siempre esa misión en la Iglesia: conducir como madre, maestra y educadora, a Cristo.

María implora el vino “nuevo” de la esperanza, derramada en tantos signos

32. “Muéstranos a tu Hijo”: esta petición de la Salve es similar a la petición de María a su Hijo: “no les queda vino”. Se refiere al vino de la presencia del verdadero Esposo, Cristo, que se “entregó a sí mismo por ella (la Iglesia) purificándola con el baño de agua y la palabra” (Ef 5,26). Es el vino de la alegría mesiánica, el vino que se transforma en “sangre de la alianza nueva y eterna”. “Muéstranos a tu Hijo” en esa petición pedimos, en definitiva, que nos muestre el “Rostro” de la auténtica esperanza. El próximo curso queremos alcanzar juntos la esperanza del “año de gracia” jubilar del Señor. Como nos pide el Papa Francisco “estamos llamados a redescubrir la esperanza en los signos de los tiempos que el Señor nos ofrece” (...) “es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos

superados por el mal y la violencia” (SnC 7). Estos signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, requieren ser transformados en “signos” de esperanza en un momento en que la humanidad padece una enorme “crisis de esperanza”. Estos signos de esperanza son, para nuestra comunidad diocesana, un compromiso animoso a favor de unos ámbitos y procesos evangelizadores preferentes que nos lleve a:

- favorecer una visión de la vida llena de entusiasmo que conduzca a un compromiso a favor de la *transmisión de la vida*, ante una situación preocupante de disminución de la natalidad; que lleve a una apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables, en el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres (cf. SnC 8);
- ofrecer esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales, para que puedan recibir el afecto y la cercanía como signo de consuelo y esperanza (SnC 11); también merecen especial consideración los ancianos, que son un tesoro para las comunidades cristianas, porque representan la sabiduría de la vida y transmisión viva de la fe en nuestro pueblos y comunidades (SnC 14);
- invitar a la esperanza especialmente a quienes la han de representar en nuestro mundo, a los *jóvenes* que con frecuencia ven sus sueños derrumbados, para que no queden desalentados y atrapados en callejones sin salida; es necesario ocuparnos con nuevo ardor de los jóvenes, estudiantes, novios y de las nuevas generaciones (SnC 12);
- no apartar la mirada de la situación de tantas personas *pobres* que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir, que a menudo no tienen vivien-

da, ni comida suficiente para cada jornada, que a veces se ven obligados a la emigrar en busca de acogida; de tantos desplazados que viven entre nosotros y necesitan de nuestro amparo y nuestra prosperidad: ellos “no lo olvidemos: los pobres, casi siempre son víctimas, no culpables” (SnC 15).

Nadie puede quedar excluido de la esperanza que ha traído Jesucristo. Por ello, para favorecer un impulso más fecundo a nuestra misión evangelizadora hemos de implorar a María, y pedirle con más frecuencia: “Muéstranos a tu Hijo” para que se derrame abundantemente el vino “nuevo” de la esperanza que anhela nuestros corazones.



CONCLUSIÓN

MARÍA “ESTRELLA DE LA ESPERANZA Y DE LA EVANGELIZACIÓN”

33. El Papa Benedicto XVI concluye su encíclica sobre la esperanza con una hermosa meditación sobre el papel de María en el misterio de la esperanza cristiana. Nos recuerda que Ella es quién mejor puede ser para nosotros “estrella” de la esperanza, “Ella que con su ‘sí’ abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo”; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (Jn 1,14)” (Spe Salvi, 49). Y concluye con esta emocionada invocación, que bien resume cómo la esperanza labró el alma de María y cómo desde entonces la esperanza exhala la cercanía y presencia de María en quién la acoge:

34. “Así pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó ‘el consuelo de Israel’ (Lc 2,25) y, como Ana, ‘la redención de Jerusalén’ (Lc 2,38). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1,55). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu ‘sí’, la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho

‘sí’: ‘Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra’ (Lc 1,38). Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero, junto con la alegría que en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. Lc 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. Lc 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el ‘signo de contradicción’ (cf. Lc 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’ (Jn 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la espe-

ranza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: ‘No temas, María’ (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: ‘Tened valor: Yo he vencido al mundo’ (Jn 16,33). ‘No tiemble vuestro corazón ni se acobarde’ (Jn 14,27). ‘No temas, María’. En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: ‘Su reino no tendrá fin’ (Lc 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El ‘reino’ de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este ‘reino’ comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo” (SpS 50).



vita, dulcedo et spes nostra, salve



**Diócesis
Orihuela-Alicante**